

CANTÓN MAYO, I. (Coord.). *Narraciones sobre la escuela*. Barcelona: Editorial Davinci, 2009, 197 pp.

Hubo un tiempo en el que maestros y alumnos pasaban mucho frío en invierno, una época en la que para combatirlo, en los colegios en que no había una estufa de leña, el maestro recurría a un brasero y los alumnos llevaban latas con brasas encendidas; en el que lo primero que se hacía en las escuelas era izar la bandera, rezar y cantar himnos patrióticos. Era la escuela que durante el franquismo instruía y adoctrinaba según las directrices del régimen.

En el centro de la pared frontal se situaba un crucifijo, flanqueado por los retratos de Franco y de José Antonio Primo de Rivera. En el encerado, además de la fecha del día, los temas a desarrollar y los ejercicios caligráficos, se escribían las consignas religiosas y patrióticas. El horario era de 10 a 13.00 y de 15.00 a 17.00. Y aunque se libraba la tarde de los jueves, los sábados había clase donde se explicaba el evangelio, se memorizaba el catecismo y se daba

historia sagrada. El material escolar era escaso, a base de cartillas para aprender a leer, enciclopedias que servían para todas las materias y una libreta, un lápiz y una pluma para los ejercicios.

*Narraciones sobre la escuela* nos presenta veintiún relatos sobre aquella época clave en el crecimiento y formación de toda persona, odiada y querida en igual medida, con pinceladas del uso, por los autores, de su memoria selectiva, diferenciando dos concepciones de la escuela: la de *la letra con sangre entra*, monástica y tradicional, basada en la cultura del esfuerzo y cuyo agente pasivo no es otro que el alumno como *tabula rasa*; y la otra, heredera del romanticismo alemán del XIX, la escuela como *carpe diem*, rousseauniana y de razón crítica, donde los conocimientos se aprenden por ósmosis al entrar en contacto con el ambiente erudito escolar.

El libro se justifica en un doble sentido; primeramente, rendir un homenaje al maestro de escuela que para seguir el plan de estudios sólo necesitaba tres libros: el de lectura, el catecismo y la enciclopedia; y a la vez, desde la segunda intencionalidad, recoger las vivencias de los autores, ya que aun siendo relatos de ficción, en ellos se plasma un fondo autobiográfico que deja traslucir los escarmientos de cada uno en una época de miseria y escasez, recordada, a pesar de todo, como plenitud, con tenue añoranza y cierto resentimiento.

Destacamos la pléyade de escritores relevantes reunidos por la coordinadora, entre los que hay varios pertenecientes a la Real Academia de la Lengua, y otros que han tenido grandes

éxitos y son muy conocidos del gran público y que señalamos a continuación con el título de la narración realizada por cada uno: Alfonso García: «Mala puntería»; Andrés Martínez Oria: «Juegos de riesgo»; Ángeles Caso: «Peppín y el burro»; Antonio Colinas: «El hombre que odiaba a los árboles»; Antonio Pereira: «El chico de la Cábila» y «La belleza terrible»; Clara Sánchez: «El santuario de piedra»; Elena Santiago: «Pequeña historia»; Gustavo Martín Garzo: «La cuesta de la Maruquesa»; Isabel Cantón Mayo: «La lección de la maestra, La Cruz del Sur»; José Enrique Martínez: «Sin benevolencia»; José Luis Puerto: «En el dialecto del origen»; José María Merino: «El inocente»; Juan Pedro Aparicio: «Los animales también van al cielo»; Julio Llamazares: «Maestros de escuela»; Luis Mateo Díez: «La tiza»; Margarita Torres: «Dimas y Gestas»; Nicolás Miñambres, «Catorce de marzo», «Santa Matilde—Cinco apuntes raudos como el vuelo de las golondrinas—»; Raúl Guerra Garrido: «El niño pobre»; Tomás Álvarez: «El maestro Vitalius»; Tomás Sánchez Santiago: «Buey de 1963».

Los relatos se presentan en orden alfabético por el nombre de sus autores, y aun siendo difícil establecer categorías, la coordinadora de la obra, Isabel Cantón Mayo, se aventura con una *clasificación metafórica* siguiendo la temática y la proyección personal de las vivencias.

En una primera categoría, *Rebeldía del aire*, se muestran las travesuras infantiles desde una visión picaresca y romántica. Alfonso García con «Mala puntería» o nuestro llorado Antonio Pereira con «La belleza terrible» urden artificios

para salir airosos de una pedrada mal dada o una situación de examen.

La denominada por la Dra. Cantón, *Cantos de inocencia* recogería relatos como los de Clara Sánchez, Antonio Colinas o José María Merino, quien nos introduce en el misterio de un niño de educación especial, con poderes ocultos, en «El inocente».

Una tercera categoría, en la que figura el relato de Julio Llamazares, el de Luis Mateo Díez o la propia coordinadora del libro, muestra el *Paradigma profesional* de los docentes, con maestros de acusada vocación, con tintes de tristeza y nostalgia.

Otro ámbito, *La escuela como Santo Grial*, correspondería a las obras de Sánchez Santiago, o de Tomás Álvarez, quien recrea una escuela monacal del medievo, ante la asombrada mirada de un niño.

*Mar adentro, con rodillas heridas*, se denomina al grupo que proyecta una escuela desde la dureza de la vida y la pobreza, relatos entre los que se hallan los de Martín Garzo y Raúl Guerra Garrido, quien al panorama de pobreza une la humillación, dignidad e incompreensión infantiles.

Finalmente, una categoría que denomina *Fuego amigo* incluiría el mundo de las perversiones escolares, incluso las infringidas de forma inconsciente por maestros y alumnos, entre ellas la del maestro que censura el habla de un muchacho que utiliza el léxico paterno, ámbitos en los que incluye los relatos de Ángeles Caso y José Luis Puerto, o José Enrique Martínez, relatando la imprevisión ante la mano hacia atrás del maestro y su posterior impacto en la cara de algún alumno.

Como la propia coordinadora de la obra recoge en el prólogo, «en el libro se muestran las interacciones existentes entre la erudición y lo cotidiano, entre la utopía y el recuerdo». Aparecen personajes llenos de contrastes, de situaciones y de sucesos reales o imaginarios, todo ello a través de posturas muy diferentes, pero con una figura fundamental en la crónica de la escuela: el maestro... «Una compilación onírica que rondaba mi memoria desde hacía años y que ahora se convierte en realidad».

Ana Rosa Arias Gago